

ITINERARIOS DE VIDA CRISTIANA

Profundizar y ayudar a profundizar en la inmensa riqueza del mensaje del Evangelio” para proyectarlo “sobre diversos aspectos del ser y del quehacer cristianos”: Así está enunciado, en el Prefacio, el propósito de estos ITINERARIOS DE VIDA CRISTIANA, a lo largo de los cuales el Prelado del Opus Dei va incitando al lector con indagaciones y respuestas sobre temas vitales de la existencia humana. Todos ellos referidos a la actualidad de nuestro tiempo –al complejo quehacer del hombre del Siglo XXI–, pero con la perennidad unificante que da la perspectiva de la fe cristiana.

El libro se compone de tres grandes capítulos. El primero expone *Las fuentes de la existencia cristiana*, a partir de una rotunda y gozosa afirmación: “Hijos de Dios. Eso somos y así lo proclama el Evangelio, aunque desgraciadamente no pocas personas lo ignoran” (13)¹. Y “si los hombres fueran conscientes de esta realidad, la filiación divina nuestro mundo sería

JAVIER ECHEVARRÍA, (Prelado del Opus Dei)
Planeta, 2001, 263 páginas.

muy distinto” (11), un mundo sin odios ni discriminaciones, sin murmuraciones ni calumnias, sin abusos ni manipulaciones. “Se abriría paso la verdad sencilla y clara... y crecería la solidaridad” (11). En síntesis, “saberse hijos de Dios Padre trae como consecuencia inmediata la fraternidad” (11).

Los otros apartados de este capítulo continúan haciendo referencia a temas sustantivos. El programa de la vida cristiana encuentra lo específico de su identidad en conocer a Jesucristo y hacerlo conocer, reflejarlo fiel y heroicamente, si fuere el caso, de tal forma que el amor y la misericordia paterna de Dios “resuenen con atractivo en el mundo, en los más diversos lugares” (27-28) en donde la existencia de los cristianos esté inmersa.

La visión trinitaria de la existencia cristiana se completa con el apartado sobre el Espíritu Santo como don del Amor de Dios y fuente de los demás dones divinos. La exposición del li-

1 Los números entre paréntesis hacen referencia a páginas del libro.

bro avanza hasta plantear al Espíritu Santo como "regalo necesario para el mundo" y con cuyas luces sobrenaturales podemos alcanzar "la perspectiva más alta para comprender con profundidad al hombre y a la historia" (42) y afrontar así las tareas cotidianas y las grandes encrucijadas en que la vida coloca a cada hombre.

El capítulo primero se enriquece con una hermosa y afectiva exposición sobre *María Santísima Madre de Dios y Madre nuestra*. Resalta la presentación de la santidad grande de María en la existencia cotidiana, como ejemplo seguro para la vocación del cristiano de encontrar a Dios en lo corriente de su trabajo y de los quehaceres más ordinarios.

El último apartado del capítulo primero se desarrolla a partir de "una de las convicciones más arraigadas de la conciencia cristiana; a saber, que nadie es cristiano aisladamente: se es cristiano en la Iglesia y por la Iglesia" (59). De ahí dimana el dulce deber de amar y servir a la Iglesia en la unión con el Papa y los obispos, "con responsabilidad personal, con espontaneidad apostólica y con sentido eclesial" (70). Muy gráfica y dicente es la expresión del Prelado cuando sintetiza el misterio de la Iglesia como "madre y hogar de los cristianos".

Puestos los fundamentos de la existencia cristiana, el capítulo segundo es una invitación a seguir *El camino del encuentro con Dios*, cuyo inicio es la conversión a la que Dios llama permanente y amorosamente. Y enfatiza el Prelado: "el *convertíos* de Cristo continúa resonando con idéntica exigencia que veinte siglos atrás, en cada jornada de nuestra época" (77).

Pero, ¿qué es la conversión? Responde el Prelado: "conversión significa -ni más, ni menos- la necesidad de desprendernos de lo que estorba, del pecado, para revestirnos...del mandamiento nuevo del amor" (79). Empezar este

camino le exige al cristiano una lucha permanente y renovada, pero para la cual cuenta con la riqueza espiritual de la ayuda de Dios y con la compensación -también espiritual- "de una alegría profunda que nada puede enturbiar" en cada reencuentro con el amor del Ser Supremo.

Continuando con el tema de la conversión, el autor da precisiones básicas acerca de qué es el pecado, para lo cual acude a citas del Catecismo de la Iglesia Católica-. Se refiere, también, al sacramento de la confesión, con indicaciones prácticas para el aprovechamiento sobrenatural del alma que lo recibe. Toda la exposición sobre el pecado y la conversión va expuesta bajo el acápite de *El amor que vence al pecado*, porque "toda reflexión sobre el mal y sobre el pecado debe desarrollarse en el contexto del amor de Dios" (94).

Incluye, también, el capítulo segundo, como hitos del andar cristiano al encuentro con Dios, la oración y la Eucaristía. La oración, "trato sencillo y continuado con el Señor" (105) en el cual "podemos escuchar a Jesús, revivir su paso por la tierra, abrirle nuestro corazón, acercarnos a la intimidad con Él" (105). La Eucaristía, "que en cierto modo recapitula todos los misterios de nuestra fe": la encarnación, la redención, la acción del Espíritu Santo, y es un anticipo del banquete del amor que sólo alcanzaremos en la plenitud de los cielos (115). Y como "la vida teologal del cristiano se recapitula de modo particular en la participación activa en la celebración eucarística" (124), el libro aporta indicaciones prácticas que ayudarán al fiel "a convertir la misa en el centro y la raíz de cada día y de la vida entera" (125).

Hago una mención especial de dos apartados de este segundo capítulo, por la profundidad antropológica con que el autor se adentra en sus temas y por la concordancia de éstos con complejas situaciones que acucian hoy y des-

orientan a individuos y sociedades. Son: *La interioridad. Entre soledad y vida, y Valor y sentido de la corporalidad*. El lector encontrará aquí incisivas consideraciones sobre la soledad como realidad dolorosa y amarga, contraria a la naturaleza humana, porque el individuo se caracteriza por estar abierto a los otros. ¿Cómo salir de la soledad, cómo superarla? La respuesta del autor es profundamente humana: “sólo el amor... arranca al hombre de la soledad”. ¿Cuálquier amor? No el amor egoísta, “sino el amor de benevolencia: el querer el bien para el otro” (131). Hay una soledad propia de la ascética cristiana, que es como un recogimiento amoroso interior en el cual se realiza el encuentro entre Dios y el alma. El autor puntualiza que ese encuentro con Dios no aísla, “no encierra en el propio yo, sino que impulsa a amar” (133). Además, esa soledad amorosa constituye el recinto aquietado en donde “el espíritu remansa las propias experiencias, trasciende la superficialidad y aspira a dejarse llenar por la verdad y por el bien” (134). El autor apoya su exposición en el ejemplo de Cristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, que “invita a cultivar el recogimiento para afrontar las cuestiones últimas y para descubrir el sentido de la vida ordinaria” (134).

Los planteamientos sobre el valor y el sentido de la corporalidad los sitúa el autor dentro del marco definitorio del cuerpo humano en el designio de la creación y de la redención: “el cuerpo humano, parte integrante y, a la vez, expresión de la persona creada a imagen y semejanza del Dios invisible” (141). De este significado trascendente de la corporalidad extrae el autor unas implicaciones tan fundamentales como el respeto al cuerpo, el pudor, la castidad. Esta última “es una de las manifestaciones constitutivas de la templanza” (153). Es virtud “posible y que constituye una fuente de alegría” (152); lo dice en cita del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Y concluye que el gran desafío para los cristianos es, con la palabra y con el ejemplo, “ayudar a que se comprenda la verdadera

grandeza del cuerpo humano” (154) con la visión que nos da la fe de ser templo del Espíritu Santo, según la expresión escriturística de San Pablo.

Asentados los fundamentos de la existencia cristiana y explorado el camino del encuentro con Dios, el libro –capítulo tercero y último– presenta una secuencia de reflexiones existenciales sobre el papel del cristiano en la sociedad. El título del capítulo es ya de suyo sugerente: Con Cristo, en la historia.

Abarca temas muy prácticos. Entre ellos, el sentido del tiempo para el cristiano: “el cristiano ve sus días como el plazo que se le concede para responder a la vocación y a la misión que le han sido confiadas” (192).

Al concretar aún más la vocación del cristiano en la sociedad, el autor va a la virtud de la justicia, virtud que se potencia con la caridad, no como filantropía vacua sino como amor con que “el ideal cristiano eleva el punto de mira de la justicia” (243).

De las relaciones de justicia dimana una dimensión social cuya atención específica constituye la *vida política*, realidad que reclama del cristiano acciones concretas. Porque “la política es en sí una actividad noble” (244), en ningún modo ajena a la fe cristiana. El autor profundiza aquí en principios fundamentales del mensaje de Jesucristo que apuntaban a la recta organización y funcionamiento de la vida política.

Finaliza el libro con una vibrante exaltación de la alegría como don cristiano, y de los cristianos como sembradores de paz y alegría, aun en los momentos y circunstancias de contradicción y de dolor. Porque “la dicha del cristiano no surge del exterior del sujeto, ni de su situación anímica, sino de la fe y de la caridad” (258). Es la alegría de saberse hijo de Dios.

Con itinerarios de vida cristiana, el Prelado del Opus Dei entrega un libro para leer y releer, para meditar en profundidad, para descubrir con mayor hondura qué significa ser cristiano en el siglo XXI. Está escrito en estilo didáctico, sobrio, elegante y ameno. Además, como lo anuncia en la Presentación, incorpora

numerosas citas de escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, a cuyo lado convivió por más de veinte años. Ofrece, con ello, una valiosa antología de textos del Beato, armoniosamente entrelazados en la secuencia de capítulos y apartados constitutivos del volumen. ■

JAIME PUERTA VÁSQUEZ